La mágica gravitación

A la memoria de Daniel Moyano (*)

En 1979, en uno de mis viajes a Madrid, me contaron que el escritor Daniel Moyano se encontraba viviendo allí. Como me dieron el número del teléfono de un vecino suyo, a la mañana siguiente lo llamé para saludarlo y, si era posible, convenir una entrevista. Tal vez Moyano se alegró al oír al compatriota y alguna vez coterráneo suyo, porque me dijo: «Si querés venir por acá, estoy solo en el taller. ¿De dónde me hablás?». Le indiqué dónde me hallaba y él me explicó: «Tomá el ómnibus 56, que pasa a una cuadra de donde estás; en quince minutos podés encontrarte acá».

El trayecto se hizo rápido y no tuve inconveniente para ubicar el taller del novelista. Lo hallé a Moyano afectuoso, pero algo envejecido, con aspecto de persona fatigada, y después me enteré de que estaba enfermo de la columna. Hacía años que no nos veíamos y no recuerdo ahora qué mal me contó que padecía; por esa razón le habían concedido licencia en su trabajo en una empresa madrileña. Pero un instante después nos hallábamos sosteniendo una animada charla, alternada con un ir y venir de recuerdos y con un ir y venir de él hacia una y otra parte para preparar un poco de café. Su taller —como él lo llamaba— constaba de un cuarto donde leía y escribía, una cocinita y un diminuto baño. Su casa de familia estaba lejos de allí. El cuarto tenía suficiente luz, que entraba por una ancha ventana que daba al cercano Paseo de la Castellana. Desde allí se divisaban los hermosos árboles —todavía verdes en aquella estación—, la fuente con un surtidor en medio, los bancos ocupados por algunas personas —todo eso que es común en las plazas de Madrid—, el vaivén de las gentes. Por la calle inmediata corría el incansable tráfico. Todo esto yo lo había contemplado a través de los vidrios de la ventana cerrada porque hacía frío y a Daniel le dañaba la baja temperatura invernal. Ahora, cuando lo recuerdo, me parece que todo se desenvolvía en un marco de cierta neblina o de sueño, lo cual debía darle una atmósfera más singular a nuestro encuentro.

Fue entonces cuando lo miré más detenidamente y consideré las arrugas de su frente y las canas entrelazadas con sus cabellos castaños. Sólo tenía entonces cuarenta y ocho años, pero parecía de mayor edad.

—Estoy escribiendo relatos —le contesté—, porque son textos breves y sin una solución final, narraciones abiertas. Leé éste, si querés —le dije, sacando una hoja de la carpeta que llevaba conmigo.

* *Daniel Moyano no fue solamente nuestro colaborador: fue también nuestro hermano. Esta Revista expresa su pena a los familiares de Daniel, con el viejo descubrimiento de que todas las muertes son irreparables, pero algunas son, además, enormemente dolorosas. Moyano murió el 1 de julio de 1992. (R).*

Mientras yo miraba su cuarto y el ascético mobiliario, su pobreza en una palabra, Daniel Moyano leía concentradamente: «¡Qué bueno! —me decía— ¡Qué bueno!». Y cuando concluyó la brevísima lectura, mirándome con el rostro casi iluminado, me incitó: «Es extraordinario. Llévaselo a Luis Rosales, que tiene un concurso de cuentos breves en la revista *Nueva Estafeta;* tu relato lo va a ganar. Llévaselo hoy mismo; no dejés de hacerlo. Es muy bueno».

No acababa de reponerme de mi sorpresa por su entusiasmo, cuando Daniel se levantó, fue hasta la mesa rústica y de una carpeta beige, con cordones marrones, sacó varios papeles. «Leé algo —me dijo—».

Con avidez comencé a leer, en tanto él tomaba su café frío, y enseguida me di cuenta de que lo que yo estaba leyendo era mi propio relato. «Pero, ¿cómo? —le pregunté—. ¿Los dos hemos escrito la misma narración?».

—Según la lectura que se efectúe, sí —aceptó él—; pero si vos lo leés de otra manera, el cuento es diferente.

—Pero eso es igual que lo que pasa con el cuento de Borges *Pierre Menard, autor del Quijote:* es un mismo texto que se «supone» escrito por autores distintos. ¡Pero eso es una chanza de Borges! —dije, sonriendo.

—Bueno, esto es una chanza del destino. Los dos hemos escrito sobre un mismo tema de la infancia y lo hemos desarrollado de igual manera.

Me acerqué más a él, sentados como estábamos frente a frente, y le dije: «La verdad es que si yo no hubiera ignorado tu texto —por otra parte inédito, como supongo— y vos también el mío, se podría pensar que uno de los dos ha plagiado al otro, ¿no te parece?».

Daniel jugueteó con el platito y luego hizo sonar la taza con la cucharilla produciendo una armonía casi sorprendente que por un momento me alejó de allí para verlo tocando su viejo violín.

—Pero es que todos nos estamos plagiando, contando las mismas cosas. Desde que el mundo es mundo y el hombre empezó a hablar, caímos en la trampa o en el refugio —la transfiguración, digamos— de los mitos. ¿Sabés lo que pasa? —me explicó reveladoramente—. Que el destino del hombre es uno solo y cuando uno desciende al fondo de él y lo descubre con palabras, con textos, decimos lo mismo tanto vos como yo, Fulano como Mengano.

Lo miré intensamente para absorber bien aquella explicación y vi que en sus ojos se paseaba el niño que fui yo mismo, luego corría jugando, cantaba, lloraba, no me comprendían. Alternativamente, el rostro de Daniel Moyano se animaba como el de una criatura, era un adolescente, envejecía de forma vertiginosa, se achicaba y crecía de nuevo.

—Tenés razón —le dije al rato, reflexivamente, aunque no convencido del todo—, tenés razón. Tal vez por eso, en ese mismo cuento, Borges dice que «no hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil». ¿Pero no sería eso aceptar que vivimos la misma vida? O que estamos detrás de un mismo sueño, porque recordá también aquellas palabras de *Las ruinas circulares:* «Quería soñar un hombre: quería soñarlo con

integridad minuciosa e imponerlo a la realidad». ¿Te das cuenta de eso: «imponerlo a la realidad»?

Con la vehemencia que pone el padre para convencer al hijo de una verdad irrefutable, Daniel me dijo: «¡Estamos detrás de un mismo sueño porque estamos detrás de una misma vida, Félix!». Tal vez, «detrás de un vidrio oscuro», como podría decir Bergman. ¿No ha sido igual tu infancia que la mía? ¿No han sido iguales nuestras esperanzas, dolores y frustraciones? Lo que ocurre es que queremos escapar a ese destino y vivir de otra forma.

Daniel se levantó; fue hasta una repisa que tenía colgada en una pared, sacó un mazo de naipes y ante mi sorpresa lo colocó sobre la mesa. Luego mezcló las cartas, que, para mayor asombro mío, eran todas de distintos colores, muchas de ellas fantásticas como cuadros de Chagall, de Klee, de Picasso, de Braque, Kandinski, etc.: las unió y las puso ante mí, haciéndome una significativa indicación con la cabeza.

Mecánicamente, yo corté, sin saber qué se proponía Daniel, qué juego íbamos a hacer, confundiendo la realidad con el misterio. Enseguida repartió las cartas. A mí me dio veinte y las otras veinte las reservó para él, cerca de sus manos, al parecer ocultando algo esotérico. Yo lo miraba sin saber adónde quería ir, qué descubrimiento del azar se proponía, concentrado en lo que estaba haciendo, pero a la vez con sus antenas en actividad, atento a mis reacciones; volvió a unir con prolijidad las cartas, las mezcló con lentitud y un si es no es demiúrgicamente; al cabo, me dijo: «Este es el juego. Vos mezclás las cartas que son siempre azarosas; las das; luego volvés a juntarlas, las separás, las unís de nuevo, pero al final el naipe es el mismo, ¿te das cuenta?»

Yo no contesté nada, haciendo un esfuerzo por llegar adentro de él, por comprenderlo de verdad, por entender el sentido hondo que debía tener aquella especie de «divertimento» suyo, a la vez que me sentía fascinado por esas cartas que yo no tenía la menor idea de dónde podrían provenir. Naipes de Tarot —pensé—. Luego, entrecerrando los ojos, inquirí: —¿El juego de la vida y la muerte? ¿Los caminos entrecruzados de nuestras existencias? ¿El mezclar y mezclar cartas y al final la misma suerte, la impersonalidad del juego?

Él no pareció oírme; estaba más allá de mis interpretaciones y conjeturas, cuando me dijo de este modo, dejando el naipe a un lado: «¿Te acordás de la escuela primaria? ¿De las clases, de los recreos en el patio, de tantas cosas de aquellos años, del río, de las plazas, de las calles anchas, del tren que cruzaba el pueblo con su locomotora negra como si fuera una tremenda máquina venida de Marte? Bueno, todo es igual. Y éste es el juego sin sentido donde todos al fin tenemos el mismo resultado, una decepción semejante o una fortuna similar».

Daniel Moyano me decía todo esto con una sencillez extraordinaria, como es habitual en él, de vez en cuando conteniendo un acceso de tos, por el cigarrillo, con seguridad; pero fraternalmente. Apoyando un codo en la mesa, prosiguió: «Miramos, olemos, tocamos los cuerpos y las cosas, oímos las voces de los pájaros, las palabras huma-

nas, escuchamos la música maravillosa (yo volvía verlo a Daniel tocando su violín en la ardorosa noche riojana). Todos iguales como si en un determinado momento fuéramos la misma persona. A veces nuestras devociones o nuestros odios alteran el orden cronológico de las figuras vivientes y de pronto podemos retroceder en el tiempo y ser Homero, Dante, Shakespeare, Hamlet, Napoleón, Goethe, un oscuro defensor de Buenos Aires durante las invasiones inglesas, San Martín, Lavalle con su terrible cargo de conciencia acosado hasta la muerte por el fantasma de Dorrego, o qué sé yo qué personaje de cine o de novela, el héroe, el antihéroe, un amante dichoso, un albañil trabajando en una obra, un peón silbando en las chacras».

En tanto hablaba, Daniel Moyano no cesaba de jugar con la cucharilla, haciéndola sonar dentro del pocillo vacío, pero en ese momento dejó de hacerlo; movió la mano derecha, que tenía apoyada en la mesa, unió el pulgar con el índice y me miró con un brillo inusitado en los ojos: «Debemos convencernos de esto: nuestra existencia es siempre la misma, si la miramos por dentro —aseguró—».

—Vos sos bastante kafkiano —le dije sonriendo, para salir del paso.

—¿Y quién de verdad no lo es? —me respondió en el acto; agregando después, pero sin amargura—: Yo ya viví mi Proceso absurdo y no me dieron ninguna explicación, como a K...

Fue entonces cuando Daniel Moyano voló hasta el techo y descendió después por las paredes con los brazos en cruz, la espalda vuelta hacia mí. Pero al momento, desvaneciendo la anterior imagen, se acercó para decirme: «Vos también lo tuviste o lo tendrás. Y casi todos los hombres (¿casi, he dicho?) vivirán a su modo este Proceso sin explicación ni sentido».

Como yo lo escuchaba con mucha atención —sin mover un dedo—, sobre todo después de que había comenzado a hablar extrañado, pero sintiéndome muy a gusto en aquella bohardilla recoleta y de alguna manera misteriosa que se prestaba para un diálogo de tal naturaleza, como si estuviéramos muy lejos ya de Madrid, Daniel continuó, luego de toser un instante: «Por eso escribimos el mismo *Quijote*, como sugiere Borges; porque lo hemos vivido y lo seguiremos representando. ¡Y las lecturas que se pueden hacer de ese libro!».

—¡Pero nosotros no escribimos como Cervantes o como Kafka! —exclamé separando y levantando las manos—. Al menos yo, lo que escribo no tiene mayor importancia.

—No te achiqués —me dijo entre serio y risueño—; la humildad no cuenta en este caso. Tenés que hacer una nueva lectura de *El Proceso* hasta que veas tu propia vida dentro de él y cómo allí está involucrado todo este sinsentido de la existencia de cada uno de nosotros...

Inesperadamente, Daniel Moyano creció ante mis ojos adquiriendo una altura de más de dos o casi tres metros, convertido en un monje que leía un libro enorme, de tapas muy decoradas. Tenía la barba larga y el pelo le caía por la espalda. Sus labios eran los mismos, pero su voz se había vuelto grave, aunque yo entendía bien lo que decía, hasta que de pronto era mi propia voz, mis blasfemias, mi desesperada esperanza vertiéndose en vocablos seguros.

—Si vos o yo —me dijo al descender, recuperando su estatura normal y a ratos casi acurrucándose en la silla— quisiéramos escribir *El Proceso* y en este mismo instante nos sentáramos a hacerlo, nos saldría el mismo texto de pe a pa. Sólo tal vez el día en que nos convirtamos en alguien distinto a los demás —como quien se cultiva verrugas en la cara para llegar a ser vidente, como propondría Rimbaud—, tendremos una escritura original, cada uno hará descubrir un texto distinto, cada uno —escúchalo bien— será Dios. O vaya a saber si el demonio encarnado en Nerón, Calígula, Torquemada, Hitler, Mussolini, en cualquier dictador latinoamericano, en un ladrón o en una bestia.

Jamás hubiera imaginado que Daniel Moyano pudiera decirme semejantes cosas, con ese modo angélico que él tuvo siempre para cuantos lo trataron, y que sonaban tan extrañas, como si hubiera entrado en una zona del conocimiento reservada sólo a la videncia o a los iluminados. Como si adivinara lo que yo estaba pensando, en un desafío casi infantil, me dijo: «Sacá todos tus cuentos de la carpeta y dámelos; yo te voy a entregar los míos. Inevitablemente, serán los mismos textos».

Lo miré con incredulidad, como miramos al ilusionista o al prestidigitador que va a sacar de nuestros propios bolsillos un conejito blanco. De modo que le tendí la carpeta seguro de que al leer mis relatos iba a hallar todo distinto, dado que yo sentía mis escritos muy personales y los cuentos de él, además de extraordinarios, me parecían muy diferentes. Lo que ocurrió con el primer relato tenía que haber sido una extrañísima coincidencia, una de esas asombrosas casualidades que bien caben en la mente de los novelistas y que también se dan en los sueños. Él, a su vez, me tendió su carpeta llena de hojas escritas a máquina.

De la duda pasé al estupor y en el estupor no dejé de sentir cierto escalofrío, como cuando inesperadamente se está ante un mago poderoso o alguien que puede hipnotizarnos y someternos a su influencia. Lo que me había dicho Daniel no era broma ni una de esas «ideas» literarias propias de un escritor.

—¿Te das cuenta? —me dijo como si fuera un pontífice levantándose por encima de mí hasta cubrir la ventana, envuelto en un gran manto bordeaux, alternativamente creciendo o disminuyendo de estatura—. Borges sabía perfectamente que lo que él estaba escribiendo ya había sido escrito por otros y que después otros, sucesivamente, reelaborarían esos mismos textos.

Después de descender de nuevo hasta la silla, tosió dos o tres veces y, luego de aplastar el cigarrillo en el cenicero, dijo: «Vos escribís aquí: "Ha desechado los fulgores de la mañana, la mágica gravitación de la naturaleza, para encerrarse solo en su cuarto, que de sus memorias infantiles resurja el niño encantado que fue...", etcétera, etcétera. Y eso mismo lo estoy escribiendo yo acá. Y es que nuestras vidas se reiteran, Félix —me aseguró Daniel con vehemencia, moviendo las manos y acercando su rostro al mío, queriendo convencerme de un modo casi fascinador—; nuestro camino es más o menos igual. Es terrible quizá, pero, como te dije, también puede ser maravilloso».

—Pero, ¿y los que no escriben? —le pregunté inquietado, inseguro.

—Nosotros escribimos por ellos, los encarnamos en nuestros textos. Pero sus vidas, que es lo que cuenta, son las mismas, no admiten singularidades, son impersonales; aunque, te reitero: cada uno podría llegar a ser Dios, y entonces sí, las cosas cambiarían.

Yo no quise tomarme las cosas al pie de la letra ni impresionarme con los argumentos que con tanta convicción Daniel me había expuesto, ni dejarme sugestionar por las extrañas imágenes que su conversación había puesto en movimiento en mi cerebro. Pero cuando unos momentos después dejé el críptico «taller» del narrador argentino y caminé por la calle ruidosa fue como si una abrupta revelación hubiera absorbido mi mente. Algo raro se había operado en mi interior. Entonces sentí impulsos de volverme y pedirle explicitaciones sobre todo lo que me había dicho. Pero no quise parecer ingenuo y seguí adelante como si en el acto hubiera comprendido el fenómeno que se había producido en mi espíritu. Comprendí que en ese mismo instante yo mismo era Daniel Moyano o que estaba habitado por él; y tuve la seguridad de que el primer espejo que encontrara me devolvería su propia imagen. Me sentí perturbado porque entendí que esto, para mi incierto yo, no dejaría de ser inquietante.

Esa noche, desde el hostal donde me alojaba, lo llamé por teléfono para hacerle conocer el estado de inquietud que me había dominado todo el día, a partir de nuestra conversación.

—No te sorprendas por eso —me dijo Daniel con voz pausada—; yo esperaba tu llamada. Y más, te diré que esto tenía que ocurrirte alguna vez y es muy raro que no lo hayas experimentado antes. Yo, desde la adolescencia, tengo ese mismo sentimiento confuso, esa profunda ambigüedad, y no te asombres si te digo que quizá se trate de que nosotros somos, sencillamente, receptores de los hombres.

Antes de que yo lo interrumpiera agregó: «Y escuchá esto: en el fondo de la criatura humana están el mismo Demonio y el propio Dios que buscamos, luchando entre sí, queriendo prevalecer en nosotros... Espera "la segunda revelación"[1] y vas a comprenderlo».

Y me cortó.

Cuando emocionado salí después por las calles de Madrid, yo era Daniel Moyano, caminando con sus pies y pensando con su mente, dueño de sus ideas. Me pasé la mano por el pelo y lo sentí, como el de él, lacio. En un vidrio advertí que la mía era ahora su mirada. Comencé a toser como Daniel y, más tarde, al regresar al hostal, le reiteré las buenas noches al dueño para comprobar que mi voz era igual a la suya. Y él, en la puerta de calle, me miró sorprendido y casi me detuvo. «Voy a buscar al señor Flores» —le dije, y pasé.

Félix Gabriel Flores

[1] *«La segunda venida», poema de William Butler Yeats.*